

la consecución de la investigación. Acompañan al texto numerosas láminas y figuras que permiten seguir con mayor facilidad la lectura y la discusión de los argumentos, tanto históricos como arqueológicos.

Isabel Sánchez Ramos

SALAZAR, Juan, DOMINGO, Inés, AZKÁRRAGA, José M.^a y BONET, Helena (coords.), *Mundos Tribales. Una visión etnoarqueológica*, Diputación de Valencia, Museo de Prehistoria, Valencia, 2008, 173 p., 133 figs., ISBN: 978-84-7795-523-8.

Este libro ha surgido de una exposición, de más de cien objetos y ciento treinta fotografías, que llevó el título homónimo y que se desarrolló en el Museo de Prehistoria de Valencia a partir de dos líneas disciplinarias principales: la arqueología prehistórica y la etnología. Aunque no he tenido la oportunidad de ver la exposición en cuestión, la que a juzgar por las fotos que se publican en este volumen debe haber sido excelente, creo que de alguna manera el libro refleja y complementa la originalidad del enfoque. Lo inédito de esta muestra reside precisamente en combinar dos perspectivas que en los museos se hallan habitualmente separadas, los objetos etnográficos por un lado y los restos arqueológicos por otro. Además de esto, se enmarca, tanto la exhibición como la publicación, dentro de una perspectiva etnoarqueológica, una estrategia de investigación que no recibe demasiada atención ni en los museos ni en las universidades. La etnoarqueología logró un estatus académico respetable hace ya más de treinta años, a partir de los trabajos pioneros de John Yellen (1977), Lewis Binford (1978), Richard Gould (1980), Ian Hodder (1982) y otros, pero aún no hay cursos formales regulares sobre esta disciplina, y menos todavía muestras en museos que reflejen una mirada etnoarqueológica del presente. En esto reside uno de los valores de este libro: en su originalidad y en su actitud reflexiva sobre la intrincada y compleja relación entre los objetos y la gente, entre el presente y el pasado.

Dicho esto, debo aclarar que sólo la mitad de los artículos del libro son estrictamente sobre etnoarqueología. De un total de ocho, tres —quizá cuatro— desarrollan explícitamente este tema; los restantes, igual de interesantes, se enfocan a perspectivas más etnográficas o históricas. Sin embargo, nada de esto resta calidad al volumen, cuya lectura es ágil y entretenida. En su conjunto, las ocho contribuciones muestran un panorama completo del mundo indígena de la Tierra de Arnhem en Australia, el valle del Omo en Etiopía y las Tierras Altas de Papúa, en Indonesia. Se aborda también el pasado, pero casi exclusivamente desde una perspectiva histórica basada en documentos, narraciones orales y fotos. Salvo algunas excepciones, no hay nada sobre el pasado arqueológico de las tres

regiones tratadas, lo que seguramente habría sido un excelente complemento y le habría dado más profundidad temporal a las sociedades que las habitaron.

Tras la introducción, a cargo de una de las editoras y directora del Museo de Prehistoria de Valencia, Helena Bonet, en donde se presenta el libro, la primera contribución está a cargo de Alfredo González Ruibal. Este investigador tiene una dilatada experiencia etnoarqueológica en África y en América del Sur y ha hecho contribuciones significativas a la etnoarqueología (por ejemplo: González Ruibal 2005 y 2006), incluyendo el único manual de la disciplina escrito en castellano (González Ruibal, 2003). En este artículo el autor discute los alcances contemporáneos de la arqueología y expresa cierta insatisfacción por la persistencia de la tendencia clásica en la disciplina, es decir, aquella más analítica —procesual—, que se centra en la observación de los efectos físicos observables y modelizables de la conducta humana (tales como el descuartizamiento de una presa o la fabricación de un artefacto de piedra). En la actualidad conviven varias tendencias teóricas, desde aquellas enraizadas en el procesualismo adaptacionista hasta otras ecológico-evolutivas (*i.e.* Bird *et al.*, 2009) y posprocesuales (*i.e.* Haber, 2009); en el mundo académico contemporáneo parece haber lugar para todas. Además, las fronteras de la etnoarqueología están en constante expansión y reformulación. Sin duda, la disciplina está en una fase de profunda transformación teórica, epistemológica y ética. González Ruibal caracteriza y discute brevemente los dos tipos de etnoarqueología dominantes en el presente: la procesual y la posestructuralista-posprocesual y propone una tercera opción: la arqueología del presente. Esta propuesta tiene tres diferencias notables con los enfoques previos: su objetivo no es analógico, estudia potencialmente todo el mundo actual (tanto las sociedades tradicionales como las capitalistas) y no contempla una distinción tajante entre el pasado y el presente. En este sentido, entonces, esta arqueología del presente se transforma en una etnografía de la materialidad de las sociedades vivas y pretende ser una etnoarqueología menos colonial y más comprometida.

Los dos artículos siguientes, uno de José María Azkárraga y otro de Juan Salazar, abordan desde una perspectiva histórica el fascinante período durante el cual los pueblos de la Tierra de Arnhem, del valle del Omo y de las Tierras Altas de Papúa fueron contactados por la sociedad occidental. En el primero se analiza el rol de la fotografía en la manera en que estos encuentros fueron dados a conocer a Occidente. Como en muchos otros casos alrededor del mundo (entre los cuales los indígenas del Amazonas ocupan un lugar prominente), la publicación de los «primitivos actuales», retratándolos de una manera extraña y lejana, ayudó a componer una imagen distante y deshumanizada del otro cultural. Una imagen que fuera funcional a los proyectos coloniales, y que no los mostrara como seres humanos plenos, sino como curiosidades exóticas, como «tribus bárbaras» y como representantes vivos de sociedades del Paleolítico. La revista *National Geographic* es quizás el mejor ejemplo de cómo esto funcionó desde el siglo xx; su influencia en la manera en que el estadounidense medio percibe a los demás pueblos del mundo ha sido enorme. El trabajo de Azkárraga nos muestra de manera atrayente cómo los primeros fotógrafos retrataron las sociedades aborígenes de las tres regiones de que trata el libro y nos cuenta con

detalle el derrotero de estas colecciones fotográficas, muchas de las cuales fueron rescatadas y publicadas décadas después. Por último, el autor reflexiona de manera lúcida sobre el papel de la fotografía en el turismo actual, señalando que «con la mayoría de los viajeros sucede un fenómeno curioso: el número de fotografías obtenidas de los habitantes del lugar de destino es directamente proporcional a la distancia cultural». Una acertada reflexión que se complementa con la de Susan Sontag: «para muchos, sin fotografía no habrá viaje». Todo esto nos alerta una vez más sobre la subjetividad que encierra toda fotografía o film documental, que no es ni más ni menos que un recorte intencional de la realidad, una realidad que la cámara, nunca inocente siempre comprometida, contribuye a representar.

El tercer artículo continúa con la temática anterior y sintetiza cómo a lo largo de los siglos XIX y XX las potencias coloniales transformaron el mundo en un gran mercado comercial. Aunque las tres regiones tratadas en la muestra eran conocidas desde algunos siglos antes, es a fines del XIX cuando se incorporan de lleno al conocimiento de Occidente, como primer paso para que más tarde sean introducidas en el mundo capitalista. Aventureros, exploradores y militares abrieron el camino para la colonización de estas tres regiones, la tercera de las cuales, las Tierras Altas de Papúa, se había mantenido sorprendentemente fuera del mundo occidental hasta bien entrado el siglo XX. Fueron necesarios inventos como el hidroavión y millonarios estadounidenses con intereses supuestamente naturalistas, para que las «tribus perdidas de las montañas nevadas» fueran conocidas por el mundo. El relato ameno y dinámico que realiza Salazar de los primeros contactos en estas tres regiones permite encontrar algunos elementos en común y vislumbrar también el resultado dramático que el contacto tuvo para esta gente, que seguramente no quería ser «descubierta». En la actualidad, las políticas indígenas de varios países del mundo, de organizaciones internacionales (como las Naciones Unidas) y de varias ONG están promoviendo precisamente lo contrario; o sea, el no-contacto de las poblaciones aisladas, sobre la base de que estos contactos han sido siempre perjudiciales, y en muchos casos letales, para las sociedades contactadas. Es por esto que se ha acuñado un término que refleja mucho mejor la realidad: «pueblos en aislamiento voluntario», para referirse a estas poblaciones que durante siglos han rehuido conscientemente el formar parte de un mundo que les es ajeno y hostil.

El cuarto capítulo está escrito por Pierre Petrequin y Anne Marie Petrequin, sobre los papúas de las Tierras Altas, uno de los pocos sitios en el mundo donde hasta la década de los años noventa aún se usaban hachas de piedra. Precisamente en este artículo se describe la cadena operativa de la producción de estas hachas y el contexto social e ideacional involucrado en dicho proceso y en su circulación. Las fascinantes fotos, algunas ya conocidas, que acompañan este artículo son un complemento excelente e ilustran un proceso cuya comprensión es de suma importancia para la arqueología. Los autores muestran cómo las hojas de piedra pulimentadas, un artefacto eminentemente masculino, son reinterpretadas y manipuladas a medida que se alejan de los centros de producción. Los autores exploran la dimensión social de otros objetos, como las flechas o el palo cavador, y mues-

tran su intersección con el género y el poder. Esta contribución se inscribe en la extensa producción de los autores (en especial, Petrequin y Petrequin, 1993 y 2006), exponente sobresaliente de la corriente francófona en la etnoarqueología contemporánea y cuyos trabajos han servido para transformar la concepción instrumentalista de la cultura material (la llamada *standard view of technology*, sensu Pfaffenberger, 1992) y han entregado elementos para comprender la multidimensionalidad de los objetos, algo que a los arqueólogos en general les cuesta mucho entender y operacionalizar en sus investigaciones.

El quinto artículo es de David Turton y trata de la violencia ritualizada entre los mursi, ganaderos y agricultores del sudoeste de Etiopía. Turton es un destacado especialista que durante muchos años ha investigado dicha etnia y en esta contribución sintetiza e interpreta sus observaciones y explicaciones sobre las formas de violencia entre ellos. El autor resume los duelos entre hombres y todas sus implicaciones sociales, para luego trazar un paralelismo con la guerra; ambas, actividades características de un mismo género y grupo de edad.

El sexto capítulo es de Inés Domingo y Sally May y trata de la pintura y el simbolismo de los indígenas de la Tierra de Arnhem, una de las pocas sociedades en el mundo donde el arte rupestre aún forma parte de la simbología de la sociedad viva. Usando este caso de estudio, las autoras discuten temas centrales de la argumentación analógica y de la etnoarqueología: ¿en qué medida y de qué manera la observación de pueblos actuales puede servirnos para interpretar el arte rupestre de otras sociedades cazadoras recolectoras de 40.000 años atrás? Como se ha discutido muchas veces desde diferentes perspectivas, intentar interpretar el simbolismo de sociedades pasadas, sin el conocimiento del contexto cultural que le da significado a esos símbolos, es una tarea extremadamente difícil; para muchos, imposible. Sin embargo, esa dificultad no debe llevarnos a abandonar los intentos de interpretación de la dimensión simbólica de los objetos y de las representaciones plásticas en cualquier soporte. Es ahí donde están los aspectos centrales para entender las sociedades del presente y del pasado y, por lo tanto, cualquier intento que se haga en esa dirección debe ser bienvenido. Este trabajo es un aporte serio y sistemático, que, sin dejar de reconocer la limitación del planteamiento, propone «pulir nuestros métodos de análisis, abrir interrogantes en nuestras interpretaciones, proponer otras vías de investigación y cuestionarnos la validez y las limitaciones del método arqueológico» (Domingo y May, 2009: 80). Todo ello hace de este capítulo uno de los más valiosos para la interpretación arqueológica.

El antepenúltimo capítulo es de Claire Smith y trata de la supervivencia de las culturas indígenas y se encuadra en lo que se ha llamado arqueología crítica o crítica poscolonial (véase, por ejemplo, Gosden, 1999, y Fernández, 2006): una corriente que reconoce explícitamente la herencia colonial de la antropología y que trata de descolonizar la práctica y el discurso antropológico. Smith, una reconocida etnoarqueóloga con una dilatada trayectoria de investigación en Australia, aboga también por la incorporación de los conocimientos indígenas a la práctica arqueológica, lo cual es una tendencia absolutamente minoritaria, aun en lugares donde hay sociedades que todavía mantienen el conociemien-

to tradicional. En sintonía con el enfoque de González Ruibal, la autora propone una arqueología y una etnoarqueología que sirva a las comunidades indígenas y que contribuya a su supervivencia cultural. En este marco, desarrolla varios temas con los cuales nos enfrentamos, cada vez con más frecuencia e intensidad, los arqueólogos y los etnoarqueólogos: la restitución de restos humanos y de objetos arqueológicos, la propiedad intelectual del conocimiento indígena, la tradición oral frente a la tradición escrita, y la socialización de parte de los beneficios que genera la investigación. Mediante la discusión de estos temas, la autora propone una serie de estrategias para descolonizar y hacer más simétrica la investigación en las distintas ramas de la antropología.

El último artículo es de Joan Llinares y aborda cómo la sociedad occidental fue construyendo a lo largo de la historia el «otro cultural». Para este análisis discute el modo en que en la antigüedad grecorromana se percibían los pueblos menos «desarrollados». Si bien la reflexión del autor es interesante, el tema está poco relacionado con el resto del libro y, en este contexto, el capítulo no parece articularse con los demás.

En suma, este libro refleja la vitalidad de la etnoarqueología —y de la etnografía— y la constante expansión de las fronteras de esta disciplina. Refleja también cómo la etnoarqueología no sólo está destinada a ser una ayuda para entender el pasado (un objetivo que desde mi punto de vista debe mantenerse a toda costa), sino que se incardina en el presente, tratando de conformarse como una alternativa más para entender el mundo contemporáneo y para ser un componente activo en la defensa de los grupos indígenas y subordinados. En la mayoría de los artículos, notablemente en los que se refieren a Australia, vemos que la indagación etnoarqueológica se entrelaza con un presente cargado de tradiciones, pero también saturado de agencia y de política. En este presente, la práctica etnoarqueológica puede transformarse en una herramienta política poderosa para la reivindicación indígena —por ejemplo, muchos de los proyectos actuales de etnoarqueología en el Brasil tienen esta orientación— y, por lo tanto, debe tener una reflexión ética más profunda (véase, por ejemplo, Fewster, 2001).

Las fotos que se encuentran al final del libro, tomadas de la exposición, son excelentes e ilustran con realismo el fascinante mundo que este libro, y la muestra museística de la cual deriva, aborda desde una mirada novedosa y provocadora.

Precisamente la muestra, de la que es fruto este volumen, se encuentra nuevamente expuesta en el Museo de Almería, donde permanecerá abierta entre el 7 de octubre de 2010 y el 9 de enero de 2011.

Gustavo G. Politis

Bibliografía

- BINFORD, L.R., 1978, *Nunamiut Ethnoarchaeology*, Academic Press, Nueva York.
- BIRD, D., BIRD BLIEGE, R. y CODDING, B., 2009, In Pursuit of Mobile Prey: Martu Faunal Strategies and Archaeofaunal Interpretation, *American Antiquity* 74 (1), 3-30.

- FEWSTER, K., 2001, The responsibilities of ethnoarchaeologists, en M. PLUCIENNIK (ed.), *The responsibilities of Archaeologists. Archaeology and Ethics*, BAR International Series 981, 65-73.
- FERNÁNDEZ, V., 2006, *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*, Crítica, Barcelona
- GOSDEN, C., 1999, *Anthropology and Archaeology: a changing relationship*, Routledge, Londres.
- GOULD, R., 1980, *Living Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A., 2003, *Etnoarqueología. La experiencia del otro*, Ed. Akal, Madrid.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A., 2005, Etnoarqueología de la cerámica en el Oeste de Etiopía, *Trabajos de Prehistoria* 62 (2), 41-66.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A., 2006, El giro poscolonial: hacia una etnoarqueología crítica, *Treballs d'Etnoarqueología* 6, 41-59.
- HABER, A., 2009, Animism, Relatedness. Life: Post Western Perspective, *Cambridge Archaeological Journal* 19 (3), 418-430.
- HODDER, I. (ed.), 1982, *Symbols in Action. Ethnoarchaeological Studies of material culture*, Cambridge University Press, Cambridge.
- PETREQUIN, A.M. y PETREQUIN, P., 2006. *Objets de pouvoir en Nouvelle-Guinée*, Éd. de la Réunion des Musées Nationaux, París.
- PETREQUIN, P. y PETREQUIN, A.M., 1993, *Ecologie d'un outil: la hache de pierre en Irian Jaya (Indonésie)*, Monographies du CRA, 12, CNRS, París.
- PFaffenberger, B., 1992, Social Anthropology of Technology, *Annual Review of Anthropology* 21, 491-516
- YELLEN, J.E., 1977, *Archaeological approaches to the present*, Academic Press, Nueva York.

GREGOROVIVUS, Ferdinand, *Atenais*, Herder Editorial, Barcelona, 2009, 228 p., ISBN: 978-84-254-2582-0.

Siempre es motivo de gozo releer un clásico moderno. En esta ocasión se trata de Ferdinand Gregorovius, cuya *Atenais* ha publicado recientemente Herder en una magnífica traducción (la primera en lengua española) de José Antonio Molina Gómez, profesor de la Universidad de Murcia. Herder prosigue de esta manera la línea editorial, iniciada hace ya algunos años, de publicar las biografías de grandes figuras de la antigüedad, entre las que cabe contar las dedicadas a Aníbal, Cleopatra, Augusto, Calígula, Constantino I, Juliano o Teodosio I.

Gregorovius (1821-1891) fue un historiador, escritor y poeta alemán, conocido —además de por sus relatos de viajes, sus poemas y sus columnas periodísticas de temática diversa— por ser uno de los fundadores de los estudios modernos sobre la antigüedad tardía. Esto se debió a la profunda admiración que sentía por el mundo clásico y la cultura ita-